

# ¿Novela y?

Belén GOPEGUI

Se trataba, decían, de cambiar las preguntas. Cambiemos pues la pregunta que es, también, cambiar la respuesta. Lo que propongo, centrándome en la novela pues es el terreno que mejor conozco, es distinguir entre novela política, vale decir, novela, y novelas ya inhábiles, ya incompletas, ya insuficientes o erradas. ¿Cómo no deberíamos definir la novela política hoy, esto es, la novela? A mi modo de ver, no importa que los personajes se dediquen a la política profesional, no importa que el telón de fondo, o no tan de fondo, sea la guerra, el cuerpo, la amistad, los hechos considerados históricos, la maternidad o la conspiración. No importa tampoco que se quiera convencer de algo, o negar algo. No importa que sea una novela compleja o sencilla y seguramente sí es necesario que no sea una novela pura, si es que tal cosa existiera. No importa la forma aislada, porque en la literatura se aprecia bien que la materia y la forma se dan juntas o no se dan. Porque a estas alturas ya entendemos que la forma de una novela no es solo la clase de narrador escogido dado que no hay narrador sin lo que narra, solo prototipos; escoger un narrador u otro no dice cuál es la forma de una novela, habla del uso de una técnica que en cada novela dará lugar a una manifestación de la realidad formal o realidad con forma, la única conocida, diferente.

Diré entonces que la novela, lo que hoy entendemos por novela y que ha ido cambiando a lo largo de la historia, se da en las colectividades humanas, es un recurso para contar, mediante la ficción y las palabras, acciones y conflictos que suceden en esas colectividades, y contar cómo se desenvuelven en ellas asuntos tales como las penas, deseos, los placeres, miedos, los trabajos, los días, las ideas y los ideales de quienes las habitan; contar cómo chocan entre sí y contra distintas manifestaciones de la realidad a la que pertenecen, cómo atraviesan el tiempo y qué caminos toman en las encrucijadas no siempre graves. Esta definición no pretende ser exhaustiva, solo orientativa, habrá excepciones y será preciso establecer nuevas distinciones. Con ella busco apenas poner el acento en las colectividades, porque los individuos solos no sobreviven ni son narrativos, se narran en la colectividad, actúan en ella, con ella o contra ella pero no fuera. “No hay vuelta de hoja ni manera de huir. Cualquier evasión es una postura definida. Estamos dentro”, escribió Max Aub (2002: 80), y la política, como la entendemos, trata, precisamente, del individuo imbricado en la colectividad; no se limita a las tareas del gobierno institucional de un país, sino que atañe a la intervención en los asuntos públicos, asuntos en los que se incluyen las nociones, convicciones, impulsos y necesidades que mueven a las personas; atañe, vale decir, a la organización de una sociedad en movimiento y es importante recordar también que no debería circunscribirse a una sola franja de esa sociedad, porque tal como “los explotados no

necesitan, en absoluto, a los explotadores” (Rodríguez, 1999: 155) pero sí a la inversa, las colectividades no pueden sobrevivir sin relacionarse, aun si sea de forma implícita, con las personas explotadas que las mantienen. Por eso me parece más adecuada la distinción entre novela (política) y novelas incompletas o insuficientes, novelas que, digamos, no consuman sus posibilidades.

Hablar de novela política, esto es, de novela, sería entonces, a mi entender, hablar de cuáles son los textos y procedimientos que permiten cuestionar, avanzar, desvelar, hacer inteligible, interpretar el mundo de las colectividades humanas, no solo de sus hechos, también, claro está, de sus historias, pensamientos, sus mitos y sus sueños, de manera tal que no se yerre sino que se obtengan ideas que permitan actuar en consecuencia, y distinguirlos de aquellos otros textos que confunden pues transmiten la idea de que entre las causas, razones y efectos de los hechos hay relaciones mágicas, estereotipadas o inmóviles ante las que solo cabe adaptarse.

En la medida en que algunas personas pensemos que no puede darse la libertad sin la igualdad tanto como no puede darse la igualdad sin la libertad, y en la medida en que ambas son ideas abstractas que necesitan poner de manifiesto su significado en los comportamientos humanos concretos, el texto narrativo devendrá a su vez contexto que nos permite indagar en las posibilidades y en los límites de las condiciones en las que se viva y se luche para que ambas, libertad e igualdad, ocupen el mayor espacio posible en la vida humana. ¿Y dónde quedan la intensidad, los distintos conceptos de belleza, la precisión, la burla, el humor, lo fantástico, el juego del lenguaje, lo trágico, la innovación y un largo etcétera de recursos que suelen asociarse a lo literario y que suelen ser buscados por quienes se acercan a una narración? Quedan, a mi entender, en donde estaban, son aquellos recursos del contar que sirven a la narración, que pueden contribuir a crear momentos de exaltación en la persona que lee, momentos que serán también insuficientes si no permiten entender cómo funciona el mundo del que están hablando. Termino con unas palabras que esbozan una idea de lo popular no muy lejano de lo que aquí se propone. Como dijera Lenin, importa –sus palabras iban referidas a la descripción de la escritura popular en un contexto más amplio pero las considero también ajustadas a éste– no presuponer que la persona que lee una novela “no piensa, que no desea ni sabe pensar” (Dziga, 2011: 70).

OBRAS CITADAS

Aub, Max (2002): *Hablo como hombre*, Castellón: Fundación Max Aub.

Rodríguez, Juan Carlos (1999): *Brecht, siglo XX*, Granada: Comares.

Vertov, Dziga (2011): *Memorias de un cineasta bolchevique*, Madrid: Capitán Swing.